



EN EL MUNDO SIN SER DEL MUNDO

1ª Ponencia del XV EFCSM 2021

Elena Domínguez Cordal

Laica, profesora de instituto.

© 2021. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

De la abundante bibliografía sobre el laico, en esta ponencia repasaremos algunas de las ideas fundamentales de dos textos: el capítulo sobre el laico del libro de Balthasar *Estado de vida del cristiano* y los capítulos sobre la vocación universal a la santidad y sobre el laico de la constitución *Lumen Gentium* del concilio Vaticano II. Espero que después de mi exposición podamos abrir un diálogo que sirva para acercarnos más personalmente a los aspectos que voy a destacar.

Creo que “Estados de vida del cristiano” es un libro que, seguramente, por lo fundamental de su contenido, que quizá nunca se agote, me ha acompañado, de una manera u otra, desde los años de universidad, cuando tuve la ocasión de acercarme a una fe viva. En esos años de formación enseguida surgía la pregunta: ¿qué querrá Dios de mí? ¿En qué estado me colocará, en el de los consagrados, o en el de los laicos?

La idea de que un estado se nos haya adjudicado hoy me sigue pareciendo asombrosa. Que por más que las circunstancias cambien podamos estar seguros, estables, en lo esencial de nuestra vida, que es la voluntad de Dios, es un tesoro que no tiene precio.

En fin, tras varios Ejercicios Espirituales y el hábito de la oración diaria se vio que mi estado era el del mundo, el de los fieles que seguimos al Señor en las ocupaciones y con el género de vida de todos los hombres, “en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las ocupaciones ordinarias de la vida familiar y social”, en palabras del Concilio.

Sí, es fascinante que el Espíritu quiera modos absolutamente distintos de acompañar a Nuestro Señor. Sí, algunos amigos han sido llamados a seguirle viviendo como Él vivió, en pobreza, castidad y obediencia, ya sea retirándose a un monasterio o permaneciendo en el mundo, sirviendo a Dios y a los hombres como Él mismo hizo: sin nada propio, sin entregar el corazón a un hombre o a una mujer y sin decidir sobre sus asuntos, porque tienen un superior al que obedecer. A otros, sin embargo, nos dice lo que al hombre de quien echó los demonios, en el capítulo 8, versículo 39 del Evangelio de Lucas: “vuélvete a tu casa y cuenta qué grandes cosas ha hecho Dios contigo”. Verdaderamente el Evangelio está vivo. No sabemos por qué, pero sí sabemos que Dios lo ha querido así.

El hecho es que recuerdo que cuando mi estado se aclaró todo se situó para mí. En fin, todo no, desde luego, pero había una estabilidad afirmada, como la seguridad de que la mano de Dios estaba sosteniéndonos. Diría que fue algo tan importante como reconocermelo como mujer¹, pero ése es otro tema.

Ahora todo se vivía de modo nuevo, aunque fuera lo mismo de siempre. ¿Cómo viviría el hombre del evangelio que hubo de volver a su casa tras ser salvado de los demonios por el Señor? Seguro que la huella del Señor jamás se borró en él, por más que hiciera lo que todos: trabajar, casarse, tener hijos.

Vuelvo la mirada a esos momentos y recuerdo cómo todo se veía de manera distinta, con una fuerza y una alegría nuevas, y que es sano recordar... Volvíamos al mundo, pero ya no éramos del mundo. En palabras de Lumen Gentium, nos tocaba “obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales”, lo que, por paradójico que parezca esto, no es otra cosa que la misma vida en Cristo, Hijo de Dios encarnado, es decir, vida cristiana.

Balthasar explica que los que no tenemos votos ni somos sacerdotes no tenemos algún tipo de distinción. ¿Por qué? Porque nuestra consagración es el bautismo, es decir, somos del grupo de los cristianos.

¹ Saber que como mujer tengo una tarea específica, distinta a la del varón. Que todo mi ser está pensado por Dios para esa tarea: cuerpo, psicología, afectividad, sexualidad, y está todo bien pensado. Es, por tanto, algo que plenifica, no algo que constriñe.

Pero, añade nuestro autor, no formamos una masa informe, que recibiera pasivamente los dones del Espíritu, al contrario, nos dice “la gracia contiene siempre al mismo tiempo un envío, una tarea determinada eclesialmente, una responsabilidad por la totalidad del Cuerpo de Cristo”. Claro, pertenecer al Cuerpo de Cristo no es precisamente pequeña cosa. Y esto del envío es el sacramento de la confirmación. Esto me hace pensar en lo sabia que es la Iglesia, y qué santos sus sacramentos.

Sólo que, desde luego, asumir una tarea para ser testigo, como el hombre del evangelio que fue mandado a permanecer entre los suyos, no es algo inmediato, automático, algo que el sacramento impusiera sin contar con nuestra subjetividad. Al contrario, somos libres de responder, y, en el dinamismo de la vida la respuesta habrá de actualizarse continuamente, porque la Gracia de los sacramentos se renueva y desborda a cada momento según se lo permitamos.

Sí, hay que hacer espacio a la Gracia para que nos lleve a donde quiera, y nos permita asumir las tareas que nos tocan. Balthasar es muy duro con cierto infantilismo, con actitudes inmaduras en los laicos. San Pablo lo expresa con severidad en la primera carta a los Corintios, capítulo 3, versículos 1 a 2: “Con el tiempo que lleváis deberíais ser ya maestros, y, en cambio, necesitáis que se os enseñen de nuevo los rudimentos de los primeros oráculos de Dios”. Confío en que desde el Cielo el Apóstol nos mire ahora con cariño, seguro que, por mediación de la Virgen, porque algunos estamos bien lejos de su deseo de que seamos adultos.

Balthasar advierte que esa madurez requiere mucha oración y desprendimiento. Pasamos a hablar de ambas cualidades: primero la oración y luego el desprendimiento.

Qué sería de nosotros sin la oración. Esa pobre oración de cada día, me temo que en el caso de algunos de nosotros con muchas distracciones, y sueño, y algo de rutina que apolilla, sí, qué sería de nosotros sin la oración, porque hasta en medio de esa mínima oración, cuántas veces encontramos una lucecita que nos renueva, un golpecito que nos sitúa, o un acto de esperanza en Él, cuando no vemos salidas.

Esto nos lleva al desprendimiento, que es según Balthasar, decíamos, el segundo ingrediente para la madurez cristiana... Cuántas veces hay dos opciones: dar un sí a los planes de Dios o rebelarnos contra ellos. Qué liberador desprenderse, pero qué exigente. Porque es algo que no se tiene de una vez, sino que debe renovarse cada día. Decir cada día sí a los planes de Dios, que no son los nuestros. Pero un sí verdadero, no de palabra. Desprenderse de las propias expectativas. Desprenderse hasta del mismo hecho de desprenderse, porque, como dice Madeleine Delbrêl, la pobreza se pierde precisamente cuando se cree que se tiene. Aceptar las cosas como son y amarlas así, y fruto de ese amor, trabajar por ellas, dejando que, si Dios quiere, algún rayo del Cielo las ilumine. Sí, imagino que ésta sería la manera para lograr lo que nos propone *Lumen Gentium* a los laicos: que “desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo desde dentro, a modo de fermento”. No se puede estar en el mundo si no es desde dentro de él, y así se podrá contribuir a la santificación del mundo...

Pero al llegar a este punto confieso que tengo que detenerme. Mientras preparaba esto me paraba aquí una y otra vez. ¿Por qué? La sucesión de conceptos parecía lógica: la elección de estado, la gracia de los sacramentos, la oración y el desprendimiento para estar en el mundo sin ser del mundo, es decir, con la madurez de cristianos adultos. El problema es que hay un límite. Yo misma me tengo que detener porque me faltan recursos en el discurso. Porque la realidad es que tropiezo con mi propia incapacidad para resolver tantas circunstancias de mi vida, y, en vez de desprenderme, me resisto. Porque no acepto los límites, el error, el fracaso, el miedo, o simplemente, la perplejidad ante lo que no entiendo, tanto no entiendo, a veces, que ni siquiera sé qué respuesta corresponde. Supongo que por eso la publicidad, el ocio, el mundo del confort tiran con fuerza de todos nosotros, seduciéndonos con una evasión de la realidad, con hacer caso al yo, que es seductor al principio, pero que se convierte con el tiempo en una tiranía suicida...

Cuántas de mis horas de trabajo invertidas en tareas administrativas que sabemos todos que son innecesarias, cuánto pensar las actividades que haré en clase con los alumnos para que, después, salgan muy alejadas de lo que esperaba, porque no veo que haya quedado en ellos algún aprendizaje útil. Creo que buena parte de mi jornada laboral es, en términos económicos, inútil. ¿Y por qué aguantar tantas tensiones, con unos y con otros? Muchas veces llego a preguntarme si estos esfuerzos se justifican.

Pero tengo que decir que, creo recordar, siempre he encontrado una pequeña rendija, quizá muy pequeña, pero suficiente, para decir sí una vez más, algún recurso espiritual para sostenerse en esa pequeña tarea que nos viene claramente grande, y, a pesar de todo, bendecir siempre. Es, como decíamos, esa pequeña lucecita, ese golpecito que llega en la oración, o en una lectura, o en una conversación, pero claro, esto pasa por soltar muchas ataduras y confiar en Dios.

Sí, cuántas veces mi límite me ha devuelto con fuerza a la realidad. Creo que esto tengo que agradecerlo. Quizá estemos siempre al inicio. Como el pobre pecador que se sentó al fondo de la sinagoga, como el que acaba de descubrir la fe y se le ha abierto un mundo nuevo.

Hoy es fuerte la invitación a la autoconstrucción: puedes diseñar tu ocio, tu imagen física, tu imagen virtual en las redes, tu curriculum académico, tu carrera profesional (o, quizá, más bien, creer por un tiempo que los diseñas, porque la vida impone enseguida sus restricciones). En cualquier caso, la tecnología y la sociedad del bienestar nos proporcionan, ciertamente, un abanico de posibilidades entre las que podemos escoger. El ejercicio contrario, el de dejar que Dios actúe para luego seguirle, está menos de moda. Pero quizá en ninguna época haya estado del todo de moda eso de dejar la iniciativa a Dios y después obedecerle...

Porque esa actitud de seguimiento se aprende cada día en la contemplación del Evangelio y con el testimonio de los santos, y esto pasa por el interior del corazón de cada uno, a cada momento. Es algo que llama a lo más profundo de cada persona. Así aparece ante nuestros ojos una realidad muy distinta, la más verdadera y plena, que es el amor de Dios. Viendo las escenas del Evangelio captamos por los sentidos, espontáneamente, la humildad, la discreción, la modestia, el servicio, la entrega. Y esto nos impulsa enseguida hacia los pobres, hacia los necesitados, hacia la entrega en la misión propia. Últimamente he sido consciente de que he recibido muy buenos ejemplos de personas cercanas, regalo por el que, claro, daré cuentas.

Y si se me permite, añadiría que el arte² y la naturaleza³ tienen su papel, aunque secundario, en este camino hacia la verdad, pero no abundaremos más en estos aspectos, que extenderían demasiado esta intervención.

Supongo que esto debe estar cerca de vivir en el espíritu de los consejos. Me refiero a vivir los consejos no de forma efectiva, con votos o promesas formales, como corresponde a los consagrados, pero sí como un verdadero espíritu.

Y es que a veces uno se encuentra con la pobreza, con la castidad y con la obediencia sin habérselo propuesto, al menos con la pobreza de nuestros límites, con el amor del Señor y con la obediencia a su voluntad y así nos acercamos a Él, y volvemos a caminar al lado de quien no tiene “dónde reposar la cabeza”, porque su riqueza, su corazón y su voluntad son el amor del Padre.

Esto es más una dirección que un terreno conocido para mí, desde luego. Pero es precisamente un camino, un sendero que me permite salir cuando, tratando de proteger aquello que no quiero perder, me detengo, y me atemorizo.

² El arte porque nos permite ver de verdad, y no sólo lo aparente. El artista, por su don, regala a todos la visión más bella y profunda de las cosas.

³ La naturaleza porque es el espacio del don gratuito de Dios, antes de que la mano del hombre, la tecnología, haya intervenido en él.

Quizá así algunos logren lo que nos propone el texto del concilio a los laicos: que “contribuyan eficazmente a que los bienes creados sean promovidos para utilidad de todos los hombres”, que “coordinen sus fuerzas para sanear las estructuras y los ambientes del mundo”, sabiendo que “en cualquier asunto temporal deben guiarse por la conciencia cristiana”.

Esto me hace pensar que, aunque adultos, por suerte siempre seremos hijos de la Iglesia. Las tareas que nos tocan las asumimos personalmente, decíamos antes, pero las asumimos dentro de una comunidad. Es un espacio precioso, en el que todo es para uno, y para todos. Es algo que he sentido muy vivo asistiendo a Misa en el extranjero, porque en Madrid creo que me acostumbro a esta riqueza y no la veo, como los niños caprichosos que olvidan todo lo que tienen y protestan por cualquier tontería. Saber que las comunidades religiosas cumplen con su vocación hace ver todo de otra manera. Como Cristo dio su vida por nosotros, “así la muerte actúa en nosotros y la vida en vosotros” dice Pablo a los Corintios. Pero no quiero que se me malinterprete. Dice Lumen Gentium que es tarea de nosotros, los laicos, contribuir a las necesidades de la Iglesia. “Cada miembro está al servicio de los otros miembros del Cuerpo”, dice la carta a los Romanos.

Leía recientemente un texto del Papa para los educadores que me impresionó poderosamente y que, de forma espontánea, diría que me permitió dar una opinión en el instituto⁴. Aunque tengo que decir que esa opinión no cambió las cosas. En fin, lo que me impresionó fue el empuje del Papa hacia las periferias, hacia los necesitados. Pero esto también es un tema que ahora nos rebasa.

Decía que en la Iglesia encontramos lo que necesitamos: la palabra de Dios, los sacramentos, el magisterio, su doctrina social. Pero también los Ejercicios Espirituales, que vuelven a ponernos de cara a Dios, la renovación de la oración y, como pide Lumen Gentium, acercarnos “a un conocimiento más profundo de la verdad revelada”, cosa tan necesaria hoy, que estamos, dijo el Papa Benedicto ante la sábana santa de Turín, en el tiempo del sábado santo, porque Nuestro Señor está apartado, oculto, retirado, y porque existen muchos padecen graves oscuridades, tinieblas, desesperanzas.

Sí, en la Iglesia está, custodiado en favor de todos, el Cuerpo del Señor, así que necesitamos volver a Ella continuamente. Y ahí, además de la renovación de la oración y de los sacramentos, surgen espacios de encuentro, de amistad, porque en ocasiones necesitamos un conversar, un intercambiar, y no sólo en la marco del sacramento de la confesión, que desde luego.

En nuestro mundo tan sobrecargado de cálculos de eficacia, necesitamos espacios gratuitos, libres, de ocio, de cultura, y también de intercambio profesional, ya sea en un plano técnico o en un plano moral, porque las circunstancias morales que nos rodean son a menudo bien complicadas, y no es tan fácil comprender lo que viven las personas que nos rodean, ni el modo de situarnos ante ellas. ¿Cuándo hablar y cuándo acompañar en silencio a quienes están apartados de Dios? ¿Cuándo acercarse y cuándo marcar una distancia significativa? ¿Está siendo nuestro testimonio válido?

Cuando estudiaba me alegraba muchísimo de estar en una Escuela donde nadie se metía con la fe ni planteaba problemas morales. Ahora, sin embargo, estoy en un entorno algo hostil a la fe, y con circunstancias morales de lo más variopinto, seguramente por la misma evolución de la sociedad en estos últimos años. Continuamente me pregunto si he dado el testimonio que Dios quiere. A veces sé que no, otras ni sé si lo he hecho bien. Sí tengo claro que no estaría bien separarme de mis compañeros, trazando entre unos y otros algún tipo de barrera inútil.

Por suerte el trabajo es ese espacio en el que nos encontramos todos, en el que compartimos preocupaciones, esfuerzos, luchas, donde aprendemos unos de otros, donde surge

⁴ Se trataba de decidir si el centro elegiría un modelo en el que se acogiera o bien se rechazara a las familias con menos recursos del barrio. El texto del Papa es el discurso a los educadores de 21 de noviembre de 2015.

también la amistad y donde, si Dios quiere, las diferencias pueden quedar no sólo superadas, sino incluso integradas en la búsqueda del bien común. Pero seamos realistas: en muchas ocasiones quizá toque permanecer aunque muchos hayan olvidado, o entiendan de modo muy distinto, aquello del bien común esté un tanto olvidado. Ya dice Balthasar que “lo humano es raramente perfecto”.

En cualquier caso, Lumen Gentium nos pide no esconder nuestra esperanza en el interior del alma, “antes bien manifiéstela”, dice, porque “es necesario que todos contribuyan al crecimiento del Reino de Dios en el mundo”. ¿En este mundo? Nuevamente siento una exigencia que me parece excesiva.

Un texto de Adrienne von Speyr expresa justo esto a lo que me refiero: “Antes todo era más simple, más ingenuo, más redondeado, menos problemático: un santo era una personalidad, un mártir moría, un maestro tenía su escuela. Era también más fácil saber en qué consistía la tarea. Hoy todo se ha hecho mucho más enramado, más sutil; toda la atmósfera del entorno debe ser introducida en el apostolado; las exigencias de la vida cristiana son exteriormente más flojas, pero interiormente se han vuelto más estrictas y demandantes”.

Jesús pide al Padre: “no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos”. Ciertamente la responsabilidad que el Señor ha colocado sobre nosotros no es pequeña: nuestra palabra y conducta influirá en otros. Y hoy quedan menos referentes de fe auténtica en la sociedad a los que acudir (recuerdo que mis tíos, maestros, me cuentan cómo hace muchos años tenían unos días libres en el trabajo para irse de Ejercicios). No, hoy no hay algo así, así que hay que discernir constantemente cómo actuar. Exteriormente es todo más fácil (personalmente agradezco mucho que los ayunos no sean como antes) pero el seguimiento del Señor tiene que ser muy cercano, muy interior. Como decíamos, volver siempre a la actitud del que está empezando, porque, si es verdad que la sociedad no nos resolverá la cuestión, también es cierto que, en cualquier caso, en la vida cristiana no existen recetas. Cada circunstancia concreta nos pide un ponerse ante Dios, una oración, un desprendimiento, como hemos mencionado, que nos manifieste cómo actuar en el mundo, según aquello que viene de fuera de él. Hacer silencio, vaciarse de todo, y escuchar. Sólo cabe confiar en que el Espíritu nos dará lo que nuestra tarea necesite, como ya nuestro Señor pidió al Padre antes de su muerte:

“Te pido por ellos, porque no son del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”

Ciertamente Su cuerpo está formado por miembros de lo más diverso. Dice Balthasar que “el evangelio no conoce casuística alguna sobre hasta dónde el laico tiene que tender a la santidad y hasta dónde puede considerarse dispensado ⁵de ella” y esto nos devuelve al misterio de las diferencias entre los caminos de quienes seguimos al Señor, con que comenzábamos. La de los laicos, dice nuestro autor, “es una perfección verdadera, aunque es una perfección peregrina, que tiende y está abierta a Dios”.

En el Cielo esperamos encontrarnos todos, porque hay muchas estancias. Hasta entonces sólo cabe respetar el misterio de las diferencias que ha querido Dios, y quererlas, porque ya no somos del mundo, aunque permanezcamos en él.

⁵ No todos llevamos el mismo género de vida. Yo sé que no vivo el sacrificio de algunos religiosos: su penitencia, su pobreza radical, su entrega a los pobres, su obediencia. Y también sé que estos religiosos no viven de ese modo tan sacrificado en beneficio propio: sus méritos, por tanto, son para otros. Creo que hay algo semejante a lo que sucede con los padres de familia: ellos se sacrifican por sus hijos y están contentos de que esto sea así.